

Los relatos de Carlos Paz que te dispones a leer (¡léelos, coño, hazme caso! No te arrepentirás) parecen invertebrados, perdón por evocar a Ortega amando a Nietzsche, que es la misma horterada que tararear a Julio Iglesias después de escuchar a Richard Wagner, aunque sea en un vinilo porque tampoco nosotros, como Carlos Paz, nos podemos pagar la entrada para ver y oír Parsifal o sus Valkirias en directo, rodeados de gilipollas con mucho dinero en la bragueta, muchos delitos en los bolsillos y una maciza de alta costura colgada del brazo. ¡Ay, mi querido Carlos, cuánto te queda por escribir!

No son relatos invertebrados (perdón, otra vez) están unidos por la Moira, que para nuestros padres griegos, desde los demócratas atenienses hasta los paleofascistas espartanos, era el hilo inquebrantable entre la culpa y el castigo: la culpa heredada de no haber nacido en el tiempo del Honor y el castigo de vivir en las coordenadas espacio-temporales de la almoneda de la vileza, en el vómito del presente, erial en el que el chistu y la flauta andina tienen la misma vitola cultural que la Novena Sinfonía de Beethoven. Esa es la Moira de Carlos Paz y de sus aparentemente invertebrados (y dale) relatos: está obligado a vivir entre la cobardía y las deserciones de los demás, entre ignorantes hinchados de soberbia, en una España en la que todo es pequeño y vulgar, una mezcla repugnante de candor bobo y de malicia solapada cocinada por la gusanera intelectual en la que se ha convertido Europa desde 1945.

Carlos Paz es fuerte y decente, feroz pero no salvaje. Sus relatos son igual que él, fuertes y decentes, y feroces en la evocación y la nostalgia de un tiempo y una civilización que de la que él y yo sólo vivimos su agonía: «¡Vae Victis!», querido Carlos.

Sus relatos son como la música, alma sin cuerpo; o sea, el éxtasis, porque los cuerpos de las mujeres que han pasado por el corazón y las sábanas de Carlos Paz son siempre los de las Valkirias wagnerianas que un día nos llevarán a ti y a mí al Valhalla, donde, como Fiódor Dostoievski en Los Hermanos Karamázov, podremos decir: «Dejadme ser vil y rastrero, pero permitid que bese el sudario que envuelve a mi Dios. Pues, aunque siga al demonio, sigo siendo Vuestro hijo, oh, Señor, y Os amo y siento esa dicha sin la que el mundo no puede existir». Todos los demás irán al Tártaro, que es el Séptimo Círculo Infierno, donde todos los gilipollas de España tienen un apartamento turístico esperándoles.

Eduardo García Serrano

INTRODUCCIÓN

Creo que no está de más aclarar algunas cosas antes de que tú, lector, te adentres en las historias que a continuación siguen. Sé que eres consciente del escaso interés que existe en España por la lectura en los días que vivimos y que, por lo tanto, escribir pudiera parecer una misión estéril. Bien mirado, tal vez los que a esto nos dedicamos, lo estemos haciendo para las gentes que han de venir, para los que aún no han nacido y en los que albergo la esperanza que sean quienes inicien un nuevo Renacimiento y retomen la única senda que nos hace libre, la de los libros.

Desde muy joven he sentido la necesidad de escribir, de narrar historias y mostrar en pequeñas píldoras parte de mis apetencias, mis filias y mis fobias, las cosas en las que creo y las que detesto. El hacerlo desde la atalaya del relato le permite a uno ser

enteramente libre pues siempre se ofrece la posibilidad de llevarlo a cabo de manera translúcida, emboscarse en aquello de que sólo es una historia, aun a sabiendas que te has entregado, que te muestras tal cual eres.

Este libro es el doble resultado de encontrarme con un acumulado sinfín de relatos de muchos años atrás y de la seductora posibilidad de publicar con una editorial con la que hasta ahora no lo había hecho. Esas dos circunstancias se cruzaron y dieron luz lo que tienes en tus manos.

Pese a carecer de disciplina alguna y dado lo atropellado de la vida que llevamos, he ido escribiendo en estos años a salta de mata, en viajes y cafés, en cualquier lugar del que disponía de un mínimo de tranquilidad, e iba publicándolos allá donde me era permitido, en revistas, *blogs* y periódicos, y por este motivo es posible que parte de ellos le puedan ser conocidos a algunos lectores. Este libro es una muestra de la recopilación de todas esas historias escritas tiempo atrás y que se cumplimentará con otro que a no mucho tardar esta editorial espero que tenga a bien publicar.

Este volumen he querido presentarlo de la manera que aparece, y tal y como muestra el título, con dos partes bien diferenciadas. Una, de relatos, directos, sencillos, que todo el mundo pueda leer y sobre todo breves, que entiendo que ahí radica la fuerza de una narración. Otra, con escenas de mi ciudad, Madrid, que serían extrapolables a cualquier otra, y esbozos de la época que nos han tocado vivir, un tiempo de degradación, de desesperanza, inhumano, sin alma.

Y hasta aquí estas palabras que creía necesario dejar plasmadas antes de adentrarse en lo que nos ha juntado a usted y a mí, este libro. Sea magnánimo y aparque la rigurosidad del crítico para dejarse llevar por lo que lea. Usted lo disfrute.

Madrid, diciembre 2024

OJOS DE FUEGO

Llegó a casa como cada noche, a eso de las once y cuarto, después de haber cerrado el último pub. Se sirvió un whisky, se quitó el abrigo, encendió la chimenea y se dejó caer en el deshilachado sillón del salón.

Llevaba algo más de seis semanas sumido en una profunda depresión tras la muerte de su esposa. En el trabajo prescindieron de él poco tiempo después. Lo único que hacía desde entonces era gastar su tiempo y dinero yendo de casa a la taberna, de la taberna a casa, sin otro aliciente en su vida que esperar a que la muerte le llamase para volver a unirse con su mujer. Mientras tanto, las gentes del pequeño pueblo de Sussex rumoreaban con maledicencia el modo en que Brian estaba echándose a perder.

Sentado y abatido, miraba absorto a las llamas preguntándose por qué ella se había ido de aquella manera, por qué se la habían arrebatado así. No alcanzaba a comprenderlo, ni a darse respuesta alguna. Por su mente desfilaban todos los recuerdos de los momentos vividos junto a ella, desde el día en el que la conoció hasta cuando estando a su lado notó

cómo la vida se le escapaba de entre sus manos. Elinor lo había sido todo para él, su amiga, su confidente, su compañera, su amante, su esposa.

El reloj del salón marcaba las once y media cuando él quedó traspuesto. Su mente empezó a divagar sin sentido alguno hasta caer sumido en un profundo y placentero sopor que le llevó a soñar con ella, con todas las cosas que habían hecho juntos en los veintisiete años en que habían convivido, sintiendo por un instante que volvía a ser feliz rememorando aquellos momentos.

En la radio sonaban los primeros acordes del piano de aquella canción que significó tanto para ellos. En el estado de vigilia en el que estaba, al escucharlo, vertió una lágrima.

Con el tañido de la cercana campana de la catedral al anunciar la media noche, se despertó. Brian estaba confuso y aturdido, parecía no haber coordinación alguna entre su mente y su cuerpo. Se incorporó y, apurando su vaso, abrió la ventana. El silencio y el frío de la calle invadieron la viciada atmósfera de la habitación...